

# ENTREVISTA

## ENTREVISTA CON DAVID MALDAVSKY

*El doctor David Maldivsky, filósofo y psicoanalista, profesor de la Universidad del Salvador, de Buenos Aires, en cuya Facultad de Psicología dicta la cátedra de Psicología Profunda, ha escrito alrededor de dos centenares de trabajos y varios libros, entre los cuales figuran «El complejo de Edipo positivo» (Ammortu, 1980), «Teoría de las Representaciones» (Nueva Visión, 1976), «Psicoanálisis y Semiótica», en colaboración con D. Liberman (Paidós 1975), «Estructuras Narcisistas» (Ammortu, 1986), y «Procesos y Estructuras Vinculares» (Nueva Visión, 1991).*

*Con motivo del Curso organizado por el Instituto de Estudios Psicosomáticos y Psicoterapia Médica, en Valencia, durante los días 15, 16, 20 y 21 de enero de 1992, y celebrado en el C. O. P., en el cual desarrolló los temas «Las Defensas», «Las Fijaciones Pulsionales», «Las Fijaciones Yoicas», y «El sistema de Representaciones en las Afecciones Psicosomáticas», tuvimos la ocasión de hablar sobre problemas de nuestro recíproco interés.*

Realizada por Encarna Amorós\*

—¿Podría darnos un panorama de conjunto de sus ideas acerca de las afecciones psicossomáticas, desde la perspectiva psicoanalítica?

—Bueno, resulta difícil sintetizar el conjunto de mis ideas, sin caer en ambigüedades e imprecisiones. Además de esta serie de conferencias, dedico numerosas páginas al tema, en mi libro «Teoría y Clínica de los Procesos Tóxicos», recién terminado de escribir. En él, me baso

en las hipótesis generales de Freud, según las cuales, para poder dar cuenta de las determinaciones psíquicas de cualquier problema clínico, es necesario considerar cuatro grandes grupos de problemas: 1) Fijación, 2) Conflictos entre los Complejos de Edipo y de Castración, 3) Defensas, y 4) Formaciones Sustitutivas Preconscientes.

Como exponer estos puntos en forma amplia, me resulta imposible en esta ocasión, me hallo en un aprieto. Podría, tal vez, referirme a uno de estos temas, en detrimento del resto, pero ello dejaría mi propuesta coja.

—Tal vez, si expusiera sus ideas a través del análisis de un caso...

—Su sugerencia me parece oportuna, y en este sentido me viene a la memoria el caso de Salo, de cuya supervisión me hice cargo tardíamente, y que paso a exponer.

A los treinta años, Salo era dueño de varias financieras clandestinas. Durante su tratamiento, presentó grandes resistencias al análisis. Faltaba a menudo, en buena medida porque pasaba parte del tiempo en ostentosas vacaciones con un grupo de iguales, enriquecidos de modo rápido, y por medios que el mismo paciente consideraba similares a los suyos. A muchas sesiones concurría media hora tarde, y le proponía al terapeuta transformar el vínculo en una charla de café. Sin embargo, el paciente no las tenía todas consigo. Padecía grandes tensiones por lo arriesgado de su lucrativa actividad; no mostraba angustia moral, ligada a un sentimiento de culpa, sino temores a las sanciones jurídicas que le podría acarrear ser descubierto por algún funcionario no sobornable. Por momentos, se sentía urgido a terminar con tales prácticas, pero se dejaba llevar por la vorágine en que otros como él lo embarcaban, en una época (en Argentina) de deterioro generalizado de la significatividad anímica y comunitaria del trabajo productivo. Además, y esto era decisivo, prestaba oídos a su esposa, quien lo instaba a enviar a sus cuentas del exterior, un millón de dólares más, o bien comprar otro Mercedes Benz. Su relación con la ley no era sólo desafiante y burlona, sino que también estaba erotizada, ya que había entablado un vínculo extramatrimonial con su secretaria privada, la cual tenía acceso al secreto de los detalles de sus actividades ilegales; pero además, esta mujer estaba casada con un policía estatal de temible violencia.

El caso es que, en determinado momento, cuando temió que

se realizara una enérgica campaña pública contra este tipo de práctica financiera, el paciente, que contaba entonces con algo más de 30 años, sufrió, como antes había ocurrido con su padre y con su hermano (ambos dedicados a tareas similares a la suya), un infarto de miocardio y, poco después, ya repuesto, un segundo, momento en que decidió cerrar temporalmente sus oficinas. En las sesiones, oscilaba entonces entre un discurso catártico y violentas críticas al analista, al cual acusaba de haberse aprovechado de él, y abusado del vínculo de confianza, sin preocuparse por los riesgos a los que el paciente se exponía.

Este paciente, puso a menudo al terapeuta ante una situación conflictiva: por un lado, se sentía movido a efectuar algún tipo de denuncia indignada de las infracciones económicas que el paciente a veces relataba, y por otro lado se veía constreñido a respetar el secreto profesional. Dos órdenes contrapuestas, de diferente grado de abstracción (la de denuncia es más genérica, porque parte de una postura cívica, mientras que la de no ser infidente, más específica, parte de una ética clínica), terminaban por dejarlo sin recursos, ya que al mismo tiempo no hallaba la forma ni de cuestionar la contradicción pragmática en que se veía inmerso, ni de fugarse de la trampa que padecía.

La parálisis en que quedó el terapeuta, parecería dar razón a Freud, cuando afirmaba que no es posible analizar a pacientes carentes de ética, a esos a los que vulgarmente llamamos pillos, pero de hecho se han hecho muchas veces tentativas de abordaje clínico con pacientes que ofrecían dificultades similares a la de este caso, y en ocasiones resultaron fructíferas. De hecho, otros múltiples consejos de Freud respecto a la no pertinencia de la práctica analítica con determinados tipos de pacientes también fueron desoídas por los analistas, y a veces derivaron de ellos afortunados hallazgos teóricos y clínicos.

\* Miembro del Instituto de Estudios Psicosomáticos y Psicoterapia Médica.

Pero más allá de estas consideraciones, podríamos decir que el paciente parecía operar de manera similar en el núcleo de sus vínculos íntimos, ya que con la amante la estrategia era, aparentemente la misma. Tanto su vínculo con la amante como con el terapeuta podrían ubicarse entre aquellos que él contrataba. Uno y otro tenían un poder muy relativo sobre sus decisiones, salvo por los secretos que el paciente les había confesado. Pero en otros vínculos, el paciente se hallaba en una postura pasiva, por ejemplo respecto de su esposa, que lo impulsaba a proseguir con sus actividades, y pese a que le despertaba angustia el desamparo violento al que ella lo impulsaba, él no reaccionaba poniendo límites, sino que se vengaba en secreto mediante el vínculo con su amante. El sentía que su esposa lo exponía para su beneficio personal, y esto le despertaba una rebeldía sofocada en sus actos eróticos, o en la jactancia violenta que desplegaba al exhibir sus riquezas ante terceros.

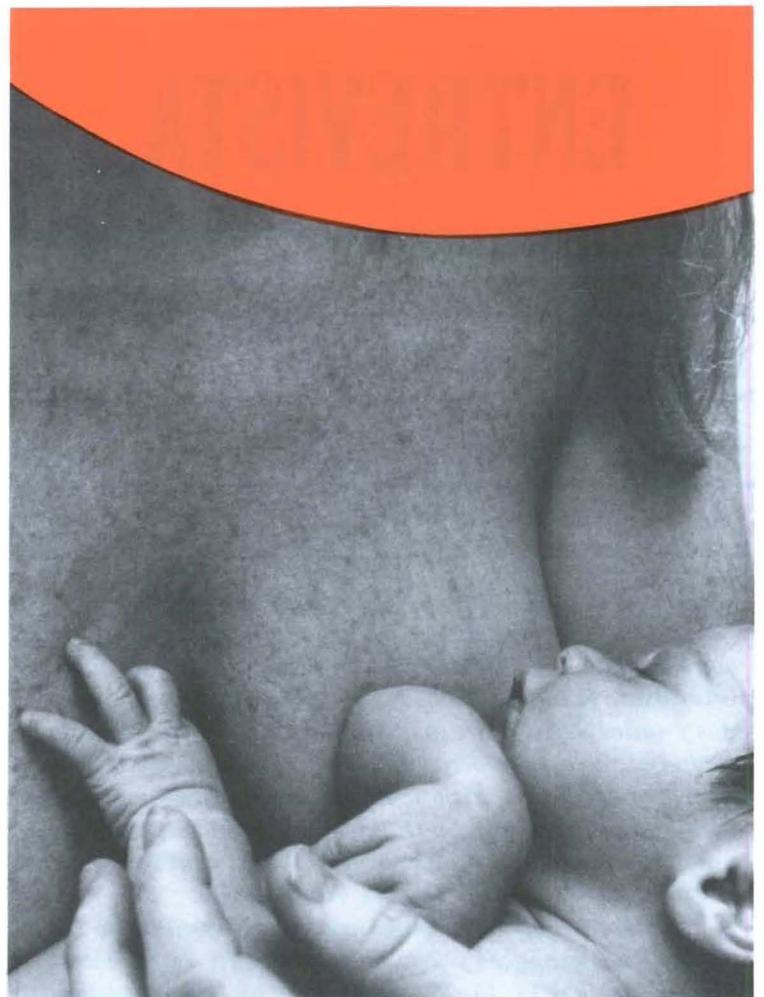
Impulsado al desafío de la ley, él se hallaba a su vez ante una contradicción pragmática, ya que una orden genérica, de acatamiento a las leyes, quedaba desautorizada por una frase burlona que lo inducía a la transgresión. Pero el paciente lograba sortear la parálisis que lo amenazaba, mediante una transmutación pasivo-activo de tal situación entrampante. La virulencia del entrampamiento se evidenciaba en la urgencia por invertir este vínculo en su tratamiento analítico, pese a lo cual su soberbia no terminaba de desalojar totalmente un estado confusional, en que la angustia coexistía con el aturdimiento. Es que acechaba permanentemente el destino que tuvieron su padre y su hermano, y que finalmente lo alcanzó con una virulencia similar. Ello ocurrió cuando supuso su actividad amenazada desde las altas esferas del gobierno. Pero en tal caso, el detentor de la autoridad no tuvo para él el valor de un representante de

una justicia igualadora, sino de un déspota enceguecido y furioso, con el cual era imposible algún tipo de transacción, ya que ninguna exacción terminaría de calmar su codicia envidiosa. Quiero decir, que ese otro se había transformado para él en un ser jactancioso y violento, que empleaba su poder omnímodo a su costa.

**—Se trata de un caso sumamente interesante e ilustrativo, y nos gustaría conocer sus comentarios.**

—A eso iba. En otros trabajos destacué que en las caracteropatías trasgresoras, como esta que nos ocupa, suele configurarse una exterioridad, creada por proyección, en que coexisten tres tipos de personajes: 1) Por un lado, algunos seres ingenuos, sobre los cuales desplegar su afán vindicatorio, 2) por otro lado, individuos a los que es posible considerar corruptos, entre los cuales se hallan los cómplices, los delatores, los oponentes, los traidores, 3) por fin, un personaje ciegamente desbordado por la locura, con el cual es imposible realizar transacción alguna. En este sentido, me inclino a pensar que, así como en el síntoma neurótico vemos una transacción entre deseo y defensa, es pertinente considerar el acto trasgresor como transacción entre una tentativa de conservar un precioso equilibrio narcisista y la amenaza de invasión por la psicosis. El acto trasgresor mismo, contiene algo de ambos términos, y el incremento de la actividad desafiante constituye un indicio del mayor esfuerzo defensivo demandado por el riesgo de desborde de lo anímico por el proceso psicótico.

Pues bien, el fragmento psicótico es aquel en el cual la contradicción pragmática desarrolla plenamente su eficacia paralizante, como ocurría por momentos con el terapeuta; pero si este pedazo anímico se vuelve dominante, pueden ocurrir dos alternativas: o bien el desarrollo de una psicosis eventualmen-



te paranoica, o bien que la psicosis se conserve proyectada, como en este caso, y en el yo se active alguna manifestación psicósomática.

En tal caso, la contradicción pragmática se vuelve eficaz y localmente paralizante en el exterior, en un personaje que ha usurpado el poder, y el yo del paciente ya no dispone de recursos anímicos para aplacar su ceguera envidiosa.

En consecuencia, podemos suponer que este paciente, en el momento del acto trasgresor, estaba procurando realizar los designios de un personaje paranoico, dominante, y que por momentos, cuando fracasaba en este intento, lo acechaba, no tanto la reintroyección de la psicosis, cuanto la emergencia de un síntoma orgánico.

Así pues, por momentos, acechaba en lo mundano una víctima de la contradicción pragmática paralizante, pero en otras ocasiones él padecía la conse-

cuencia, y quedaba a merced de quien se hallaba desbordado por ella. Si cerramos el circuito reflexivo, podemos concluir que, en el contexto de la compulsión a la repetición, él generaba esos psicóticos ante los cuales luego se sentía inermes.

Por ejemplo, la confesión en las sesiones, formaba parte de esta estrategia patógena, porque colocaba al recipitario de sus secretos ante una doble orden en contradicción: denunciarlo a las autoridades, no ser infidente. Por otra parte, no es posible ni cuestionar tal situación, la manera de disolver la contradicción, ni huir de ella, porque la revelación del secreto ya ocupa un lugar en lo anímico del recipitario, el cual queda sometido a un mutismo mortífero, tanto como puede resultarlo la tentativa de hablar denunciando, por los riesgos consiguientes de una represalia.

De hecho, en el análisis del paciente recién mencionado, el terapeuta procuró en muchas

ocasiones cuestionar el lugar que se le daba, pero el mero hecho de mantener el vínculo era evaluado por el paciente como una forma de admitir las condiciones que éste imponía, como si el paciente obedeciera al adagio que aconseja tomar a las palabras como fachadas encubridoras de una segunda intención, que se hace evidente más bien en los actos.

Pero, como ya hemos indicado, quedar a merced de contradicciones pragmáticas colocaba al recipitario de la confesión de un delito en un estado de mutismo violento que pone de manifiesto la impotencia anímica para procesar la erogeneidad (anal primaria) ligada al afán de venganza.

En ese mutismo, queda lugar aún para un tipo de discurso que alterna con los estallidos catárticos: el lenguaje de los números, que poblaban a veces la sesión en medio de un clima de febril aceleración de la excitación. Además, los números formaban buena parte de la argumentación de su esposa cuando lo incitaba a mantener su actividad delictiva, siendo su palabra decisiva para él. En ciertas ocasiones, como en el discurso de perversiones y paranoias, el número que alude a los bienes materiales, tiene un valor, constituye un medio para un fin diverso, el cual consiste en mantener o aumentar la propia imagen; en cambio, en los procesos tóxicos, el número pasa a ser un fin en sí mismo, por lo cual ya no se trata de una identificación especular, sino de una identificación con una cifra. Ser un número para otro, constituye quizá la forma más regresiva e impersonal de la identificación, sostenible siempre y cuando se pueda ser activo en la práctica especulativa, pero todo cambia cuando el yo se supone a merced de cálculos ajenos, en los que prácticamente queda suprimida toda alternativa identificatoria.

Entonces sólo queda espacio para un anonadamiento violento, para la emergencia de holo-

frases impotentes que se atropellan en la garganta y neutralizan recíprocamente la posibilidad de hallar un espacio para un decir sucesivo. Del insulto contenido inicialmente en la jactancia de su comportamiento en sesión, el paciente pasó finalmente a un estado de abrumamiento mudo, azorado, en que la violencia no hallaba un camino para el procesamiento anímico.

Es que a las contradicciones pragmáticas antes mencionadas, es menester agregar que desde el comienzo operan otras, cuya creciente eficacia se pudo observar con el paso del tiempo: las contradicciones orgánicas. Estas pueden sintetizarse en la frase: cuanto mayor tensión voluptuosa, mayor esfuerzo por aumentarla, todo lo cual se expresa en la imposibilidad del paciente de frenar su práctica económica. La tensión voluptuosa parecía ser para él un reaseguro en cuanto a su sentimiento de estar vivo, y es posible que constituyera parte de su estrategia en el vínculo con su amante, y que neutralizara el riesgo de que en el vínculo sexual el orgasmo lo dejara entregado a la muerte anímica, a una depresión violenta de tal magnitud, que careciera de matiz efectivo.

#### **—Usted aludió al fragmento psicótico en las afecciones psicósomáticas...**

—En efecto, y me gustaría ampliar esta hipótesis. Cuando Freud se refirió a los procesos anímicos que acontecen en la paranoia, postuló una retracción de la libido que desinvirtió la representación-cosa, la cual queda entonces a merced de la pulsión de muerte, y sufre una desagregación de su coherencia. La libido es retraída al yo, y el esfuerzo por ligar esta sobreinvestidura conduce a desarrollar fantasías megalomaniacas. Sin embargo, esta tentativa de ligadura fracasa, por lo cual la acumulación libidinal en el yo se vuelve tóxica, y se hace necesario pasar al proceso reconstitutivo, a la tentativa de restablecer el vínculo con la realidad y sus

representantes anímicos, las representaciones-cosa y un superyó desexualizado. Empero, la desinvestidura previa ha dejado su huella, y una parte de la representación-cosa, desinvertida, no resulta apta para el restablecimiento de la investidura. En su lugar, la libido recae sobre un tipo de huella mnémica menos compleja, en la que predominan los enlaces por contigüidad y quedan privilegiadas formaciones superyoicas degradadas, sádicas, eficaces a menudo como necesidad de castigo, como se afirma respecto de los que delinquen por sentimiento de culpa. En este contexto surgen delirios celotípicos, erotomaniacos o persecutorios.

Pero en el caso de las afecciones psicósomáticas, el proceso resulta parcialmente diverso: el paciente mantiene la retracción narcisista, vuelta tóxica, y proyecta la restitución en el mundo, por lo cual se supone a merced de un personaje poderoso y despótico, que pretende suprimirlo del mundo.

En consecuencia, podemos decir que la presentación del paciente psicósomático, en que a menudo es evidente el esfuerzo de conexión con el mundo circundante, encubre una retracción tóxica de la libido objetal, y que los abruptos estallidos delirantes, de corta duración pero de asombrosa intensidad, corresponden a verdaderas tentativas reconstitutivas, al intento de obtener un reconocimiento, de acceder a una identificación.

Freud describe el caso de un paciente al cual se vio precisado de diagnosticar próximo a una paranoia. Tenía la estructura propia de esta patología, pero el delirio sólo destellaba por momentos, y el paciente no creía en él, sino que se burlaba. Como si dijéramos, descreía de su propia convicción. Algo similar acontece en numerosas afecciones psicósomáticas, en que el discurso delirante queda relevado por ese otro al que suele denominarse operatorio, alexitímico o so-

breadaptado. El paciente descrito por Freud se las arreglaba para que los demás se aprovecharan de él y lo defraudaran, por lo cual podría pensarse que en su convicción delirante descreída, él se suponía a merced de otro que transformaba su nombre en número, un porcentaje, carente de cualidad, y esto podría muy bien ser la contracara de un discurso alexitímico.

**—Nos resultó muy ilustrativa su forma de abordar el problema clínico, aunque tenemos conocimiento de que usted ha realizado también análisis de situaciones no clínicas, que sin embargo tienen un carácter prototípico en relación con las afecciones psicósomáticas, como por ejemplo el filme «All that jazz».**

—En efecto, considero que ciertas producciones sublimatorias pueden ilustrar acerca de algunos mecanismos patógenos, pero sobre todo acerca de ciertas organizaciones preconscientes, en las diversas estructuras clínicas, entre ellas, las afecciones psicósomáticas.

Al respecto, me parece pertinente referirme a Roberto Arlt, un novelista de mi país, Argentina, que tiene que ver con mis orígenes, ya que escribí por primera vez sobre él en 1968 («La crisis de la narrativa de Roberto Arlt» Escuela), y luego volví a analizar sus textos en mi libro escrito por D. Liberman. Para referirme a su obra, quisiera en esta oportunidad comenzar por leerle este fragmento de su producción: «Te escribe el estómago agradecido de Roberto Arlt, no Roberto Arlt, que jamás se dignaría perder tiempo en dirigirse a un truhán de tu magnitud», afirma nuestro autor en una carta enviada desde Madrid, y más adelante, tras aludir a una horrenda comida que un «canalla fascista, nazista, mejor dicho, porque es alemán», le preparó, y que equiparó a «un sarcoma a plazo fijo en la base del duodeno», evoca con brusco cariño a la familia de su amigo Olivescki, el destinatario de la

carta, y prosigue: «Y por eso te escribo. No yo, sino mi estómago. Mi estómago ha hechado (¿sic?) dos manos para teclear en la máquina». Con un humorismo algo violento recuerda también «Cómo padecías, canalla, al ver que mi estómago tenía capacidad para tus enormes viandas. Con qué odio me mirabas cuando yo, bien alimentado, aflojaba el cinto y te miraba irónicamente y te palmeaba las carnudas espaldas de cuadrúpedo satisfactorio».

Escrita más de un lustro antes que su autor muriera prematuramente, víctima de un infarto, a los 42 años, esta carta pone de manifiesto muchos de los rasgos de su prosa: la violencia injuriosa, mezclada con la ternura, la rederencia a la familiaridad, a la vida lóbrega, a la tacañería que cuenta miserables centavos, al despotismo y hasta los errores de ortografía. Pero si la he elegido es porque expresa claramente en qué posición se coloca Arlt «frente a la Underwood, que golpeamos con manos fatigadas, hora tras hora», según el prólogo de «Los lanzallamas».

Esta posición es la de las vísceras, sea el estómago, como en esta carta, sea el cerebro (y no la psique, o el alma), sean los pulmones, sea el corazón. Si nos atenemos más estrictamente al texto de dicha carta, diríamos que el nombre propio ha sido sustituido por una víscera, y desde esta perspectiva creo que vale la pena encarar la investigación, sobre todo si tenemos en consideración el proceso psicossomático que culminó con su deceso.

No es mi intención realizar una investigación psicoanalítica del autor, abordaje este que siempre me ha dejado la impresión de abusivo, dado que implica penetrar en la intimidad de quien no nos ha autorizado a ello; en cambio, me propongo considerar la coherencia de ciertos rasgos de la narrativa de Arlt como expresión de la estructura preconscious común, que subyace a las manifestaciones en pacientes con afecciones psicossomáticas.

Al respecto, deseo recordar que, en mis trabajos previos sobre la narrativa de Arlt, la relacioné con la estructura del preconscious en las paranoias, y que además destacué su carácter apocalíptico, que avizora la entronización de la injusticia, de la humillación, la vergüenza y el aburrimiento.

Si rescato tales propuestas de mis trabajos previos es porque se ha destacado un enlace entre psicossomática y paranoia, o, para ser más preciso, entre alergia y paranoia. Esta es la sugerencia de Sami-Alí: que la alergia es el negativo de la paranoia, propuesta que a su vez requiere de múltiples retoques y ampliaciones. Por ahora, sin embargo, podemos contentarnos con esta observación: que la

fórmula recién mencionada puede abarcar muchas otras afecciones psicossomáticas, como la soriasis, la diabetes, el asma o la cardiopatía, y no sólo a la alergia; y con ello tenemos expedito el camino para restablecer una relación entre mi enfoque previo, que destacaba el componente paranoico en la narrativa de Arlt, y la tentativa actual de poner en evidencia la importancia de una estructura representacional, como la que se evidencia en las afecciones psicossomáticas.

**—Por lo tanto, usted destaca que en la narrativa de Arlt pueden distinguirse dos organizaciones preconscious, una similar a la de los pacientes delirantes, y otra como la de las afecciones psicossomáticas.**

—En efecto, y considero que en el nivel representacional esto se expresa como un doble lenguaje, que evidencia dos fijaciones pulsionales diversas: anal primaria, e intracorporal, tal como procuraré detallarlo a continuación en forma sucesiva.

**—Comencemos con el lenguaje del erotismo anal, como usted prefiere llamarlo.**

—Como guste. En otras oportunidades, destacué diversos rasgos de las formaciones preconscious en paranoias: el privilegio de humillación, vergüenza y aburrimiento, el valor de la envidia hacia los bienes materiales ajenos, que ofrecen a quienes los poseen la garantía de una precaria identificación con una imagen omnipotente, de la cual el paranoico carece (por lo cual sólo le queda la identificación-animal), la jerarquización de la motilidad aloplástica, así como el predominio de ciertas figuras retóricas de carácter pragmático, que tienen que ver con el valor de las palabras en tanto actos, y, entre ellas las contradicciones pragmáticas que culminan en doble vínculo.

Muchos de estos aspectos aparecen desplegados en la narrativa de Arlt, y apenas si requieren de algún comentario ejemplificatorio. Sólo consignaré unas pocas citas. La humillación y la vergüenza quedan desplegadas, entre otros fragmentos, en el capítulo «El humillado», de «los siete locos», en el cual se narra cómo Erdosain padece el alejamiento de su esposa con otro hombre, un capitán, vestido de uniforme (el cual tiene una imagen y bienes materiales, de los cuales Erdosain carece). Erdosain expone ante la pareja su «vida horriblemente ofendida», y agrega «Quien comenzó este feroz trabajo de humillación fue mi padre. Cuando yo tenía diez años y había cometido alguna falta, me decía: Mañana te pegaré... Y esa noche dormía, pero dormía mal, con un sueño de perro... Y cuando al fin me había dormido para mucho tiempo, una mano me



sacudía la cabeza en la almohada. Era él que me decía en voz áspera: Vamos... es hora... y yo, hipnotizado, iba en línea recta hacia él; quería hablar, pero eso era imposible ante su espantosa mirada... y, de pronto, crueles latigazos me cruzaban las nalgas. Cuando me soltaba, corría llorando a mi cuarto. Una vergüenza enorme me hundía el alma en las tinieblas».

En síntesis, humillación, vergüenza, aburrimiento, envidia a los bienes ajenos, como sostén de una identificación; he aquí una gama de afectos a los que he ligado en otra oportunidad con el lenguaje del erotismo sádico-anal primario. El goce propio de esta erogeneidad corresponde a una vivencia de ser doblegado desde el interior, por el excremento excitante en la mucosa de la ampolla rectal, que arranca al yo un orgasmo furioso e impotente, y esto es lo que se expresa como fundamental para el goce anal, la caca. El afán vengativo es una derivación alterior, en la tentativa de hacer al otro lo padecido, con lo cual la sustracción violenta de aquello que el otro pretende infructuosamente atesorar, se acompaña por sentimientos de omnipotencia (la venganza es el placer de los dioses). El aburrimiento sobreviene como estado depresivo cuando este goce queda arruinado, y la diversión a costa de una víctima (puesta en la posición de un yo anterior) se vuelve cada vez más costosa y mortífera. La envidia se despliega respecto de quien ejecuta tales acciones vindicatorias, mediante las cuales detenta un poder violento en que una precaria identificación con una imagen se apoya en la ostentación de bienes materiales. En este inventario de los afectos en juego en la narrativa arltiana, nos resta considerar uno, penoso, opresivo, permanente: la angustia, pero sobre ella nos extenderemos luego.

En cuanto a la jerarquización de la motilidad aloplástica, vindicatoria, que incluye el recuerdo de la paliza infantil de Erdo-

sain, coincide con las metas que Freud atribuye al erotismo anal recién mencionado: perder y aniquilar. El goce por perder se evidencia en la pasión por el juego del atormentado por el aburrimiento, Haffner, el «cafishio» melancólico, y el placer por aniquilar, en el afán destructivo de la secta liderada por el Astrólogo. En otros trabajos postulé una tercera meta, agregada a las dos anteriores, para este erotismo: el placer por extraer, que en los relatos de Arlt se evidencia en las conductas centradas en la extorsión, el secuestro o la prostitución, en que el activo, un trasgresor, coloca al otro en la posición de quien él fue. Esta última posición, la de objeto pasivo de un sujeto trasgresor, es la del paranoico, y es la más habitual en la narrativa arltiana, pese a los vanos esfuerzos por pasar a la postura inversa (por ejemplo, Erdosain ha robado a la empresa, pero ello no la ahorra pasar permanentemente a ubicarse como ultrajado).

En cuanto a los procesos retóricos, quedan jerarquizados los correspondientes al área pragmática: injurias, delaciones, acusaciones, descalificaciones, tergiversaciones, el fingimiento estructurado en torno a la mala fe, de la segunda intención, son recursos permanentes.

Por ejemplo, la delación de Silvio Astier contra el Rengo en «El juguete rabioso», o la de Barsut contra Erdosain, en «Los siete locos». Además, el manifiesto literario de Arlt (escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un cross a la mandíbula) es una clara definición del privilegio de una retórica en que predominan las figuras correspondientes a la pragmática.

Pero otro recurso retórico me parece más esencial: la confesión, no de deseos sino de actos reñidos con la ética cívica. Quien los ha ejecutado padece, según lo afirma Arlt, un sentimiento insoportable de culpa, que lo lleva a esa forma de expiación que

antes describí, el goce en la humillación. En las palabras del Rufián Melancólico, dirigidas a Erdosain: «Usted lleva en su interior un remordimiento... Usted ha cometido, vaya a saber cuando... no puedo adivinarlo... un crimen terrible... Ese crimen usted no lo ha confesado a nadie... No es necesario asesinar para cometer un crimen terrible. Cuando yo le digo un crimen terrible, es un crimen que nadie sobre la tierra puede perdonárselo». Y las confesiones surgen de la imposibilidad de retener para sí el secreto enloquecedor de tales actos criminosos. Precisamente, «Los siete locos» y «Los lanzallamas» están estructurados a partir de las supuestas confesiones de Erdosain.

Ahora bien, quien confiesa debe tomar como destinatario de sus palabras a alguien que pertenezca a otro ámbito, no contaminado, pero entonces promueve en lo anímico de su oyente dos órdenes contrapuestas: por un lado, debo denunciarlo, porque de lo contrario soy su cómplice, y por el otro, no puedo ser infidente. Además, es notable el estado de fascinación hipnótica de quien escucha la confesión, con ese orgullo ingenuo de sentirse elegido como depositario de un tesoro mortífero, de cuyo poder ya no podrá huir, así como tampoco podrá (porque ya es demasiado tarde) pedir que se le ahorre tan comprometedor conocimiento. De modo tal que a las dos órdenes contrapuestas, antes mencionadas, se le agregan otras dos, que impiden respectivamente el esfuerzo por rectificar la realidad imperativa autocontradictoria y la fuga de lo irrectificable. Todo ello corresponde a la estructura del doble vínculo, que en otras ocasiones describí como inherente a la retórica del preconscious en las paranoias, expresión del lenguaje del erotismo anal primario. Ahora agregaría que esta estructura autocontradictoria cierra al yo toda posición posible, es decir, cualquier alternativa identificatoria. Y esta falla identificatoria

es el correlato de la inermidad del yo respecto de las contradicciones pragmáticas. La imposibilidad identificatoria humana deja otra alternativa: ubicarse como animal («sueño de perro», había comentado Erdosain respecto de la escena en que era humillado por un padre despótico), como aquel que no logra apropiarse de su imagen especular, y que tampoco logra entender la significatividad de esa palabra atribuida a una instancia paterna, y que manifiesta un pensar imposible de expresar por el camino de la sensorialidad mundana. Esta alternativa, la identificación-animal, se contrapone con otra, en que lo atormentador indecible deja al yo encerrado en un proceso tóxico, y entonces ni siquiera hay posibilidad de salida mediante la confesión, ya que no existe una escucha mundana no corrupta: el yo está rodeado de seres idénticos, desesperados por descargar a mansalva una verdad insoportable, desmesurada, y ya no queda resquicio alguno de opción por lo indiferente, y además del conjunto opera, como personaje regente, un déspota delirante, el Astrólogo.

Ahora bien, salvo esta última aseveración, que tiene el valor de introducir en el nuevo tema, hasta este punto no creo haber agregado demasiado a lo que había expuesto en otras ocasiones, al considerar la narrativa de Arlt desde la perspectiva del lenguaje del erotismo anal primario. Pero mi interés se centra en otro punto, según lo aclaré antes: privilegiar otro tipo de lenguaje del erotismo, el correspondiente a la escritura (y diría a la lectura, lógicamente anterior a aquélla) de órgano, tal como es inherente a las manifestaciones psicosomáticas, cuya articulación con la estructura paranoica ya esboché.

—Sólo me resta agradecerle su amabilidad y la fecundidad de las referencias teóricas y clínicas que surgen de sus desarrollos. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima.